

ABEL PÓSSE

La boca del tigre



Emecé Editores

Para Jorge Naveiro, editor y amigo,
a quien agradezco el entusiasmo por este libro.

In memoriam
de Beba y Jorge Casal
de Jorge Descalzi
de Juan Carlos Gelvez

INTROMISIÓN PRIMERA

Otra vez Rusia, treinta y tres años después. Ahora se trata del cadáver de un Imperio. Imprudentemente vengo a revisitarlo (es una idea de mis amigos Jorge Naveiro y Bonifacio del Carril). En Cheremétievo, el aeropuerto, el mismo desorden hostil, cierta ineficacia telúrica que une al coloso soviético abolido con este descarado capitalismo advenedizo.

Yo, el narrador, Agustín Larralde, vuelvo a la ciudad de la barbarie represiva, fascinante, donde transcurrió la etapa exótica de aquel grupo del relato. Entro en la ciudad por el mismo camino de llegada, desde el aeropuerto de Cheremétievo, saludado por el mismo olor penetrante de las *papiroshkas*, cigarrillos primitivos que siempre me parecieron más aptos para combatir el asma o la obnubilación de la borrachera de vodka que para fumar.

El taxi me lleva hacia Moscú. Otro Moscú. Un Moscú vejado por los avisos de Hertz, McDonald's, la pizza Hut y los Mercedes Benz que se entregan a medida para los hombres de las mafias, debidamente blindados.

Y tengo necesariamente que entrar de nuevo en la novela. Tomarme de la mano a más de tres décadas de diferencia y avanzar por la primera parte hasta dar con ellos, los personajes. ¿Qué se hicieron, dónde están? Aquellas espléndidas mujeres que uno amó, poseyó, royó, mordió o fecundó, hace más de tres décadas.

Y yo mismo, ¿quién era yo entonces? ¿Estoy seguro de haber sobrevivido? ¿Cómo era y qué sentía yo verdaderamente? ¿Soy el mismo, hay continuidad de vida? ¿O en vez de uno, como creemos, somos varios otros que casi no se conocen bien?

Uno piensa que el tiempo, como el cáncer, es algo que siempre les

pasa a los otros. Mi retorno era disparatado y peligroso. Estaba en los pasos de un Orfeo imprudente que para buscar un resto de amor se hunde en el país de los muertos. (Uno busca a los otros, a Germán, a Martini, a Francisca, a Rosen, a Echeverry, en esa especie de morgue que es todo ciclo del pasado, el tiempo-espacio breve e intenso de un grupo que vivió como en un palacio desdibujado. Uno se aventura por los corredores helados y corre el riesgo de levantar la mortaja de lino de una de las camillas y toparse con su propio rostro de treinta años atrás).

El auto, un Volvo azul, hace el mismo camino hacia La Boca del Tigre que recorriéramos entonces con Martini que había venido a buscarme al aeropuerto (¿era Nochebuena?), con la deliciosa Solange Susana y aquel Germán desaparecido en España, aunque vivo.

Hoy no hay nieve ni camiones llevando bloques de hielo en la penumbra gris. Ahora es un mediodía soleado. Vamos por la Leningradskoei Chaussée pero no reconozco. Hasta que noto que una mosca zumbona cosquillea la nuca sudada del chofer que sacude su cabezota con un gesto de malhumor. Luego la mosca —imprudente o demasiado provocadora— se posa en el cristal del parabrisas y veo la mano espesa, con vello rubio, que desciende con insospechada velocidad y la mosca queda aplastada en un manchón amarillento. De vuelta a la eternidad.

Las cosas estaban en su sitio.

La Rusia de los sesenta tenía la atracción de lo excepcional y de lo vagamente peligroso. Ir era realmente meterse en la boca del tigre. Sobre todo viniendo desde un país de poca historia, como lo es Argentina. Un país infante, como marginal a la Historia de los grandes, de los mayores. Nos habíamos deslizado indemnes, casi olvidados, por los fenomenales escándalos del siglo. Habíamos visto las dos guerras en los noticieros del cine Astro de la calle Corrientes o en el Novedades de Florida. Teníamos, los argentinos, la mirada calma de los terneros que ven pasar la vida de la ruta desde los cuatro hilos del alambrado protector.

La Historia era un *grand guignol* sangriento que ocurría en otras latitudes. Era como un lujo y una carga de la adultez. Algo que tenía que ver con el pleno desarrollo, con la sexualidad. Y nosotros éramos impúberes, mirones. Habíamos tenido políticas con sentido de historia, como las de Roca, Perón o Frondizi, pero más bien eso parecía un agregado antinatural en la llanura gris de la marginalidad.

En esa época Buenos Aires todavía estaba viva. Infinitas noches de café. Curiosidad cultural. Se hablaba y se sabía mucho de Rusia.

Uno escuchaba las ingenuidades de sus demonizadores y la angelidad tonta de sus adictos ideológico-partidarios. Teníamos un PC duramente stalinista, obediente, que disimulaba las atrocidades con una implacable lógica —o paralogismo— político. Un stalinismo de obediencia ovina, en Rodolfo Ghioldi, en Rubens Iscaro. Inexorablemente excomulgaban a los no iniciados, e invariablemente temían ser expulsados de la iniciática iglesia roja hacia las “tinieblas exteriores”. El peronismo, el mayor movimiento popular-social de la historia argentina, estaba mal visto por los comunistas. Ya Stalin, en Yalta, había murmurado una amenaza de sombrío castigo para la “Argentina profascista”. Pero desde 1946, el mismo Stalin comprendió la excepcionalidad de Perón y citó a Leopoldo Bravo, el embajador en Moscú, para enterarse de ese episodio “tercerista” que había desplazado toda influencia de los comunistas argentinos y de su jefe del Comintern, Vittorio Codovilla. En esa entrevista que yo leí en el calor del sucucho del archivo de la Embajada, en un día de invierno de 1967, en ningún momento el camarada Stalin pregunta o reclama por la libertad del camarada Codovilla, su delegado del Comintern. Stalin tenía a los comunistas para usarlos, no para quererlos.

Aquel silencio temible de la noche invernal y la débil luz entre copos de nieve en la torreta del guardia. Moscú de muerte y de temible voluntad de vida. Querer redimir el mundo y deshacer a los disidentes ideológicos con los tormentos de la Lubyanka, la sede de la KGB. Y la Lubyanka en la noche, en la plaza Dzerzhinski, con su estatua de torturador devoto y reflexivo, hoy abolida y decapitada por la turba de Benetton y la mafia a cargo de las nuevas violencias.

En la quietud de la noche, en la explanada de la tumba de Lenin, frente a los nietzscheanos bigotes enterrados de Stalin (retomaremos el tema), se oyen los pasos de tres soldados que hacen el relevo de la guardia a paso de ganso. Las botas caen sobre el granito como aplastando insectos burgueses. Silencio, la ventisca. Hay que envolverse en los cuellos de piel, cibelinas, nutria, astrakán, para poder respirar el aire que parece metal helado.

Se les había ocurrido hacer historia, Historia. Los rusos querían redimir definitivamente al hombre, a los pueblos. Sacarlos de la prehistoria de la explotación. Y eran como los católicos de la Conquista que mataban y aterrorizaban para salvar. El síndrome del mal padre, del padre pegador.

Aquella Rusia boyarda, stajanovista, brutalmente imperial, fascinaba porque era el reencuentro de la barbarie perdida. Era una ga-

rantía de sentimientos primitivos, de temibles instintos, de egoísmos y traiciones para sobrevivir. En cada vida todo parecía breve, intenso, total. Sólo el Imperio se proponía la permanencia, la eternidad.

La barbarie perdida. Como quien dice la juventud de una era fundacional del mundo, el deporte de sobrevivir en el cataclismo, la prueba de los reflejos e instintos que tiene que tener la bestia joven para salvarse en los incendios del bosque.

Los sudamericanos veníamos de un continente donde nada se paga, a un Imperio donde todo tenía riesgo de muerte. Ninguna melancólica libertad de expresión. ¡Ningún derecho humano! La Culpa primigenia como garantía de toda arbitrariedad posterior contra ese ser despreciable: el hombre precomunista.

En la Argentina, pleno verano, se preparaban los grandes bailes de carnaval. *6 Grandes Bailes 6*. Troilo, Eduardo Armani. Los *Lecuona Cuban's Boys*. Fresedo. Oscar Alemán. *6 Grandes Bailes 6*.

Argentina, después de Illia, iniciaba su autoaniquilación económica. Se negaba a construir su historia. A seguir la historia valiente y generosa de la que había nacido. Se precipitaba en una larga tristeza para llegar hoy, cuarenta años después, a ser una factoría vaciada, arrasada por intereses ajenos. Un país desguazado.

La osamenta reseca y blanqueada del potro noble que se mancó pisando cuevas de ratas.

Mussorsky, Kovanchina, los metales enfurecidos de Shostákovich. Allí, en la Plaza Roja, un 1° de mayo o un 7 de noviembre vería subir los enormes lanzadores llevando los misiles nucleares intercontinentales. Estaríamos con el querido Federico Erhardt sopor-tando el viento frío. Primero sentimos el cosquilleo en los pies, el piso de granito temblaba con las tremendas orugas de los lanzadores. En lo alto del mausoleo de Lenin, como grajos posados en fila, todo el Politburó con sus chambergos oscuros, como para ir después a una cena en lo de Al Capone. Y el reflejo de las medallas, hoces de diamante y martillos de rubí de las condecoraciones del mariscal Rodion Malinovsky, serio, inmutable, como rey de baraja española.

Sadovaia Samotiechnaia iluminada y los camiones con gigantes-cas palas de nieve. Más allá la extensión sombría de los monobloques que se encenderán a partir de las seis de la mañana.

Tengo reservado el Hotel Metropole; pero como el Volvo entra hacia el centro, con un tráfico similar al de Roma o al de El Cairo, después de las evocaciones breves que tuve, le pido al chofer que se detenga en el ángulo del Gum, en la Plaza Roja. Acepta de mala gana esperarme unos minutos.

Sentí que no me hubiera interesado para nada haberme encontrado con Germán o con el mismo Echeverry (si no estuviese certificadamente muerto) entre los cardúmenes de turistas occidentales que pisoteaban el granito sagrado de la Plaza Roja. Pero pensé en Valentina. Creo que me confesé que el disparatado viaje no era tan nostálgico, que si venía por algo o por alguien, era por Valentina.

No me importó que el chofer pudiera protestar. Había un aire tibio. Me deslicé frente al mausoleo de Lenin y como hipnotizado entre el colorinche y las zapatillas calientes de las dóciles manadas turísticas, fui derivando hasta encontrarme —tal vez nada inconscientemente— ante el muro del Kremlin y la tumba de Stalin con claveles rojos, siempre renovados por sus fieles víctimas y con una foto de su apogeo en la carrera del rigor, de 1937, con los bigotes napolitanos y el pelo muy renegrado, muy latino.

Y entonces llegó en detalle la esencia de aquella noche que resumió toda la intensidad de las noches y los despertares con Valentina.

Habíamos tomado botella y media de vodka Stolichnaia, antes que terminen de traer, a la hora, el segundo plato de pollo a la Kiev (y el lujo de alguna manzana pintona y mandarinas). La orquesta de zingaros de frac con el violinista que se desprende peligrosamente entre las mesas, como el alma romántica de una orquesta de hotel con solistas que sueñan con cachets europeos. Estábamos en el Metropole con todo su lujo zarista, con la sombra de Essenin de gorra proletaria, fumando *papiroshkas* y mirando embobados al mamarracho bailarín de la Isadora Duncan desnuda y descalza bajo tules y gasas. Era la primera salida y Valentina tenía una mirada indiferente, en contradicción con sus labios únicos, onduladamente asimétricos, como una Gioconda invernal no a punto de abrir, sino más bien siempre cerrando una sonrisa. Nada podía excitarme más que el cuerpo de Valentina y pensar que estaba conmigo, como cometiendo un adulterio contra el Estado soviético, o por perverso encargo del Estado. Fornicar con una soviética entonces tenía el encanto de hacerlo con una monja roja en el monasterio sin fe de la URSS. Y no fuimos hacia el auto. Empezamos a correr, borrachos por la desolación de la Plaza Roja a las doce de la noche, cuando la estrella de la torre y los reflectores dejan de iluminar las murallas del Kremlin.

Se produjo con la exactitud del minuto el cambio de guardia en el mausoleo y logramos pasar inadvertidos hacia el lateral que da al muro de las tumbas ilustres.

San Basilio no podría ser la casa de Dios sino más bien la mazmorra de Dios. Sin duda la Oprichnina, la KGB del zarismo, quiso tener a Dios en lo que para un ruso es el único lugar seguro: la cárcel. San Basilio no tiene espacio abierto para un dios. Son cúpulas pequeñas, jorobas disonantes cubiertas de crema y caramelo. Son pasadizos y mazmorras. Es como la Lubianka de los dioses.

Ya Valentina desarrollaba la locura rusa, sustancia existencial que supera todo riesgo, límite o miedo. Logré meter la mano bajo el tapado, desprendí como pude algunos botones. Era difícil retenerla, estaba como más allá de lo sexual, casi como una danzarina ebria, una Duncan que quería correr pánicamente hasta caer exhausta en los adoquines de granito helado.

Fui encontrando el cuerpo, palpé los muslos. Tenía entonces el pulso necesario que hay que tener con una mujer, que es pulso de violador. Logré que se interesase por mi boca: me besó y siguió besándome y logramos establecer, boca a boca, una región maravillosamente tibia y húmeda en los veinte grados bajo cero. La mano izquierda alcanzó entre gemidos el pubis y la derecha ahora entraba decididamente entre las nalgas, con la firmeza con que Rodion Malinovsky había ganado las condecoraciones en la pobre Polonia (país-hembra, siempre forzado y penetrado, una especie de Justine de la vida internacional).

Ya estaba en los centros de su ser. Mis labios calientes se despegaban de su boca y recorrían la intemperie deliciosamente marmórea de sus heladas mejillas. La tenía atrapada por todas sus vías. Y era tal mi machismo latino y juvenil de entonces que no pensé que todo poseer es ser poseído, que todo penetrar es ser penetrado, que el dominador pasa a ser secretamente el dominado. Que el supuesto amo de las disciplinas y penetraciones recorre también el camino del lacayo, del servilizado. Entonces, por suerte, no sabía nada de eso.

Sin que se desprendan las bocas con las tenazas de mis manos hundidas en su maravilloso país genital la fui alcanzando hasta que quedó pataleando en el aire, tratando de emitir entre mis labios gritos indignados pero falsos. En la noche apenas entreabierto por la fosforescencia de los copos creí ver que el delicioso rictus en ondulación de su labio giocondesco se definía en una sonrisa perversa, entre complaciente y burlona.

Las circunstancias astrales eran buenas. Mi deseo en todo caso me haría enfrentar todos los riesgos. Ya los tres soldados estaban inmóviles ante el portal del mausoleo y a unos cuarenta metros se

alejaba el jeep militar bordeando el gigantesco pastel de la catedral de San Nicolás, que es la preferida del turismo.

Comprendí que había que acercarse al muro de los enterrados gloriosos. Había un cercado bajo de tuyas nevadas y logré que Valentina quedase arrodillada sin perder yo del todo mi dominio erógeno manual.

Comprendí que sobrevénia una situación de horror. Ese horror inesperado que es como el castigo de los adúlteros, los necrófilos, los incestuosos. Nos estábamos apoyando en lujosas cintas mortuorias de coronas y palmas heladas, restos de un gran homenaje. Y así fue como comprendí que nos habíamos apoyado contra el sombrío monumento que culminaba en el busto de Stalin. Estábamos sobre el cuerpo de Stalin. A apenas unos palmos de tierra helada y de gusanos congelados más abajo, estaba el mismísimo Stalin. Y como a los muertos les crece el pelo y las uñas, casi pierdo la deliciosa locura sexual pensando en largas uñas amarillas, marfilíneas, de vampiro, en sus bigotes extraordinariamente tupidos, y crecidos, como si se hubiese tragado a ese Nietzsche, que ya se mentó.

Valentina no tenía que ver nada. Valentina tenía que seguir en la burbuja sexual, encapsulada en su senda de "lujuria sin tomar razón del horror político", de la implicancia descomunamente blasfema que la demoníaca casualidad nos había creado. ¡Joder, haber dado al menos con el túmulo de alguien que no fuera un zar! ¡Rikov o Lunacharski o Dzerzinski! Nadie habría pensado en ninguna vinculación política. Pero ya era tarde para volver a la razón. Retirarse era tan peligroso como permanecer. Y sería retirada sin premio, de general cobarde.

Además ya mis manos recorrían una y otra vez sus nalgas heladas y los dedos se movían por el valle de los dioses, como escriben los cursis. Los muslos de Valentina eran mármol helado, pulido como el mármol de la *Pietà* o del *Discóbolo*. Ella fingía sollozar y yo corría su slip tibio y ya húmedo. Las botas altas y el apoyo en las coronas fenecidas de crisantemos, calas, collares de muérdagos y claveles electrogalvanizados por el frío, como si Arlt hubiese preparado sus flores electrolíticas para un homenaje a su admirado Stalin.

Entonces, mi pene de entonces. Aquella estructura leal y firme. Ese soldado raso recién enganchado, ese buen suboficial de provincias. Valentina emitía falsedades en ruso. Daba vuelta la cabeza para disimular con el beso la violenta guerra genital que nos empeñaba. Era la posición que en los burdeles de Salta y Santa Fe suele llamarse "el conejito". ("Conejito 50, con 'francesa' 75".) Por atrás, pero noblemente vaginal. La estatua helada tenía las piernas entreabiertas y mis manos pasaban del mármol dulce y liso al centro húmedo de sus valles

íntimos. Su trópico en miniatura, su ikebana tropical. Por suerte en ningún momento Valentina levantó la vista. Cuando alzaba la cabeza era para gemir, con los ojos cerrados emitiendo el sonido *jihn* que señala el *Kamasutra*. Aquél sería uno de los cinco o cuatro instantes de culminación sexual que uno recuerda al morir, incluso después de haber abusado una larga vida. Lo de Stalin era irrelevante, como el terrorismo de Estado. Uno lo olvida y por suerte lo que vamos reteniendo, a menos que seamos psicópatas, son los recuerdos de amor y alto sexo.

Ningún oficial o soldado ruso podría imaginar en tiempos de tan aceptado terror que pudiera haber un argentino y una bella dostoyevskiana, capaces de entrepernarse borrachos, agarrados del busto de Stalin, sobre el cadáver de Stalin.

Arrodillados en una alfombra mullida y tibia levantábamos vuelo en el instante del orgasmo. Interensartados en el *exciting stringency*, nos levantábamos en la noche sobre Moscú, sobre San Basilio, solemne y encremada como los postres de la Confitería del Molino, el "imperial", que exhibían en la vidriera sobre la avenida Callao para Navidad.

Nos remontamos inolvidablemente en la noche azul, saltamos interpenetrados el muro ancestral del Kremlin. Zafamos seguramente del último zarpazo de las garras de Stalin crecidas en la muerte, garras de quince centímetros porque dicen que a algunos muertos les crecen un centímetro por año y Stalin estaba allí desde 1952. Debemos ser exactos.

Moscú 2000

De Valentina habla mi novela. De aquel Moscú. De aquella boca de tigre cuyos colmillos cariados no vi en 1967. Entonces el tigre parecía eterno. Ni Reston del *Washington Post*, ni Henri Pierre y su *Le Monde*, ni la CIA, ni los judíos del Mossad podían pensar en el infarto de 1989 ni en el advenimiento de los dos brutos, los leñadores que abatirían el roble imperial. Dicen que sólo los de la KGB sabían que el pilar de cemento y acero estaba carcomido por invisible polilla. Polilla del cemento, capaz de horadar mínimas cavernículas en la sustancia de apariencia más sólida. (El siniestro Gorbachev había hecho su carrera en la KGB.)

Me instalo en el Metropole. Me han entrevistado en *Literaturnaia Gazeta* por mi libro, o ensayo breve *Un futuro socialista para la sociedad mundial*. (Parece que algunos lo tomaron como un libro

cómico del tipo de *Las Leyes de Murphy*.) El Metrópole está manejado por una sociedad internacional. El Estado ha sido sustituido por la mafia. Ya no hay en cada corredor de cada piso una *dijurnaia*, una cuidadora que controle atentamente nuestras entradas, salidas y las compañías. Ahora es como el Kempinsky, o como un Hilton disfrazado de cosaco. Una grotesca payasada occidental. Conserva su pastelería decimonónica, sus barandales barrocos, columnas con capiteles doradamente napoleónicos. Ya no se desliza más alguna sábana agujereada por el rotor de la atroz lavadora soviética. Ahora todo es técnicamente perfecto.

No estás. Te busco y no estás, como en el tango. Hay nueve millones de personas y Moscú está liberalmente desorganizada. Valentina no está en el cuarto. No está desnuda leyendo en la cama y diciéndome serenamente que se suicidará. Sobre la cama doble del cuarto (que podría haber sido aquel cuarto, sagrado, consagrado por Valentina de culo al cielo raso y el pelo dorado derramado, haciéndose la muerta), sólo están las tres fotos de ella que me quedan. Hoy leí que van a privatizar el mausoleo de Lenin. Me quedan tres fotos. La más nítida es la que le tomé en el Hotel Rossia. Miro con una lupa, los límites del rostro se mezclan con el color sepia, casi gris. Es como si el tiempo se revelase con su consabida lentitud y se tragase a los protagonistas en su color. El sepia. El sepia-tiempo.

Pero el tiempo, el todopoderoso Cronos, está reventado: no puede hacer nada con aquella levísima ondulación del labio superior que persiste sobre el océano sepia. La nada, color sepia, adonde iremos a parar todos. Los labios giocondescos de Valentina persisten en mí como la momia de Lenin.

Uno cree que el tiempo, como el cáncer, es algo que siempre les pasará a los otros.

Me traen un Club Sandwich, una Coca-Cola con hielo y el *Herald Tribune*. ¡Occidente!

Desde el punto de vista de la occidentalización hotelera, a esos rusos conversos, de pacotilla, les parece haber tocado el cielo con las manos.